

... de la modestia no puede consistir nunca en la

... de la modestia no puede consistir nunca en la

... de la modestia no puede consistir nunca en la

... de la modestia no puede consistir nunca en la

... de la modestia no puede consistir nunca en la

... de la modestia no puede consistir nunca en la

... de la modestia no puede consistir nunca en la

... de la modestia no puede consistir nunca en la

... de la modestia no puede consistir nunca en la

... de la modestia no puede consistir nunca en la

... de la modestia no puede consistir nunca en la

La educacion bien dirigida hace germinar

Y prosperar la modestia; la educacion bastar-

deada por los vicios sociales, cria indelesti-

CAPITULO TERCERO.

En la cabeza de la mujer cabe todo pensa-

miento elevado, en su corazon cabe todo sen-

timiento noble; pero en su cabeza, ni su cora-

EL ORGULLO.

Por que en pos de la educacion y la mo-

destia damos cabida al orgullo?

Porque lo manda la logica.

Es el orgullo un elemento tan sutil como

el aire; tan sutil, que penetra con dolorosa

frecuencia en las regiones del alma por la

puerta de oro que podemos llamar modestia.

Quando esa puerta está abierta, el orgu-

llo no es aire; es huracan: y como de esa

La educacion bien dirigida hace germinar y prosperar la modestia; la educacion bastardeada por los vicios sociales, guia indefectiblemente al orgullo.

El alma de la mujer yace como dormida por espacio de muchos años. Cuando despierta, tiende una mirada de asombro en derredor suyo, y lo halla todo pequeño.

En la cabeza de la mujer cabe todo pensamiento elevado, en su corazon cabe todo sentimiento noble; pero ni su cabeza, ni su corazon están de ordinario preparados para elaborar esos pensamientos elevados, para dirigir esos sentimientos nobles.

Entónces la mujer no está educada; y no estándolo, emplea la actividad de su espíritu en comparar la consideracion que merece al mundo, ella que se estima en mucho, con la consideracion que al mundo merece el último de los hombres.

De esa consideracion y de esa comparacion nace el orgullo.

Sin embargo, el orgullo, que suele ser una enfermedad epidémica de los hombres, es sólo una enfermedad endémica de las mujeres.

Como este principio, que está muy próximo á ser axioma, puede atraer el desagrado y aún la saña de algun crítico, procuraremos distraerlo con dos preguntas un tanto inopertunas.

¿Es la mujer en el catecismo de la vida el octavo pecado capital, ó es la cuarta virtud teologal?

¿Es verdad que en la cadena invisible que une al cielo con la tierra, la mano de la mujer esta asida á la del ángel, y la mano del hombre asida á la melena del leon?

Si el crítico lograre responder satisfactoriamente, cesaremos al punto, por juzgarlas inútiles, en las investigaciones que nos proponemos.

Entre tanto nos tomamos la libertad de continuar.

Sabe más, en concepto de algunos, quien ha hojeado ese libro misterioso que se llama *la mujer*, que quien consume su vida entre el honroso polvo de las bibliotecas.

Y es una gran verdad.

No hay sábio á quien no pueda decir con justicia una mujer; "Insensato, la ciencia soy yo."

No hay hombre que no lleve alguna historia escrita en el alma, ó algun retrato grabado en el corazon.

No carece, pues, de fundamento, en tésis general, el orgullo de la mujer.

Si el orgullo es, como dice Casti, la hidropesia moral de las cabezas humanas, fuerza es convenir en que el sexo femenino se halla horriblemente atacado de esa grave enfermedad.

No hay nada más difícil que saber tener orgullo. El orgullo sale á la superficie muchas veces por un exceso de humildad, de paciencia, de lealtad y de todo afecto mal educado, como que es el amor propio, ó la estimación de sí mismo sin límites, sin el *modus in re* que constituye la modestia; cuando el orgullo sale á la superficie de este modo, aparece más repugnante por lo mismo que se complica con la hipocresía.

No negaremos que en ocasiones el orgullo es el mejor centinela del pudor; pero no causa gran edificación ni ofrece gran seguridad una virtud que para conservarse há menester que la custodie un vicio.

Entre la dignidad y el orgullo hay la misma semejanza que entre la llama que alumbrá y la llama que quema.

La modestia exagerada es la medianería que separa á aquellos dos sentimientos.

Una mujer francamente orgullosa es mil veces preferible á una mujer hipócritamente modesta.

Para destruir el orgullo es fuerza atacarlo en sus bases principales: estas bases son la hermosura, el nacimiento y la riqueza.

II.

Es injusto, pero no de todo punto intolerable, el orgullo que se funda en la belleza.

Tiranía de corta duración llamó Sócrates á la belleza: de engaño mudo la calificó Teofrasto; un mal hermosísimo es en el concepto de Teócrito.

Nos es indiferente.

Digan cuanto quieran los filósofos, la belleza es el arma poderosa con que el sexo débil neutraliza en cierto modo su debilidad.

Si fuesen ingenuos los filósofos, confesarían de buen grado que á veces dieran por sólo una mirada de una mujer toda la doctrina de Descartes, y aún todas las teorías de Platon.

A propósito. Este Platon de los filósofos recibe culto con frecuencia entre los enamorados.

¡Cosa rara! La filosofía y el amor tienen puntos de contacto.

La historia de todos los pueblos encierra multitud de páginas escritas al resplandor de las llamas y de las devastaciones. Esas llamas debieron casi siempre su origen á una sola chispa; á una chispa desprendida de los ojos de una mujer.

Si lucha el guerrero con heroísmo; si pide y alcanza el artista torrentes de inspiración; si mendiga honores el cortesano, de cierto esperan, más que el aplauso del mundo, la dulce sonrisa de unos labios de coral.

¿Qué fuera Apolo sin Dafne? ¿Qué fuera el Dante sin Beatriz? ¿Y qué fuera Petrarca sin su Laura?

El gran Shakespeare ha dicho que es la mu-

jer un manjar digno de los dioses, cuando no lo guisa el diablo.

Y es verdad; pero no lo es ménos que el diablo no entraria en la cocina si las más veces no le abriera el hombre la puerta.

Al hombre se deben, en efecto, la idea que la mujer llega á adquirir de su belleza, y los extravíos á que de ordinario la conduce.

Si algunas mujeres se convenciesen de que la hermosura es el primer presente que la naturaleza les hace y el primero que les quita, no llevarian al extremo su idolatría personal.

Como por lo comun no se educa á las mujeres, no se las enseña á ocuparse dignamente en los demás, tienen que ocuparse *modestamente* en sí mismas: y como es la belleza la dote que juzgan de más precio, convierten hácia ella su pasmosa actividad; los medios de acrecentar sus atractivos son su cuestion capital.

¡Inocentes! Ignoran sin duda que toda belleza, por soberana que sea, toca con las plantas en la tierra.

¿Se sabe en qué consiste la belleza?

Segun el africano, en la descomunal dilatacion de la boca; segun el brasileño, en la forma y proporciones de la nariz; segun el chino, en la admirable pequeñez del pié; para los haitianos no hay mejor gracia que el charol reluciente de la tez; en Holanda se mide la belleza en razon directa de la estatura; en Nápoles, vice-versa. Unos países de Europa atri-

buyen todo el mérito al color sonrosado que realzan con su mirar apacible unos ojos de cielo por el matiz y la dulzura. En otros países ocupan el trono de las hermosas los tipos esbeltos de tez morena, morena porque la tuesta el fuego de unos ojos negros ó garzos, donde refleja la aurora sus luces más brillantes.

Deducciones.

La belleza no es una. Existen muchas mujeres bellas, que, sin embargo, no se parecen entre sí.

Hay mujeres que no son bellas, absolutamente hablando, y no obstante ponen á prueba los corazones de mejor temple: tan cierto es que la hermosura no sólo consiste en la excelencia de las prendas personales, sino en la impresion que aciertan á causar.

Hay quien explica la belleza de una manera matemática, por una série de enumeraciones que serian solamente ridículas si á veces no merecieran otra calificacion.

Las llamadas gracias naturales se ven, se admiran, pero no se describen: no se las confunda, sin embargo, con el gracejo; las gracias son naturales, el gracejo es de ordinario adquirido: aquellas se reciben de Dios; éste procede del arte.

El orgullo que se revela muchas veces por entre las gracias del rostro, perjudica notablemente la impresion; es una especie de *gracia* que puede desgraciar el más bello cuadro.

La mujer que logra cautivar sin advertir que cautiva, tiene de ordinario garantizado su triunfo.

La que se propone cuidadosamente adquirir por derecho de conquista, y emplea al efecto todos los ardides de guerra, consigue dos objetos: demostrar que no está segura de sus propios recursos, y avisar para la defensa al enemigo. Lo primero es una injuria hecha á sí misma; lo segundo una torpeza indisculpable.

Es máxima muy acreditada entre el vulgo de las gentes que las mujeres poco favorecidas por la naturaleza con dotes de hermosura, tienen la suficiente habilidad para hacerse amar por su carácter.

Es falso el supuesto. No hay una mujer siquiera que se halle convicta y confesa de que no es bella, ó por lo menos graciosa; más puede, pues, buscar medios supletorios, cuando todas se creen provistas de los principales.

Si á una mujer *desgraciada* le envía cualquier atolondrado una frase de adulación, funda en ella más fé que en el testimonio unánime de todos los espejos que hasta la fecha hubiere consultado.

Y es natural. El orgullo, leemos en un autor célebre, nos pone á merced de cualquiera que guste tomarse la molestia de lisonjearnos.

Nada hay, pues, más indeterminado que la idea de la hermosura.

Probemos á fijarla.

La hermosura es una flor lozana que brilla en el jardín de la vida, el aroma de esa flor es la virtud.

Si la flor no tiene aroma, cuando un soplo de viento la ha deshojado, ó un rayo de sol ha venido en mal hora á marchitarla, de sus colores tan bellos, de su frescura y lozanía sólo queda un tallo seco.

Si tiene aroma la flor, bien puede robarle hojas el viento: bien puede el sol agostarla; el aroma no se extingue, se esparce en el vendabal, se eleva hasta la region del firmamento, penetra la esfera azul, y se confunde más allá de las estrellas con los perfumes celestiales de la santidad.

La hermosura no es, como se ha dicho, un lazo tendido por la naturaleza á la razon.

Porque la hermosura va ó no acompañada de la virtud y del talento.

Si lo primero, léjos de ser un lazo, es un tesoro. No cabe mayor dicha en la tierra que dejarse prender en tales redes. Si lo segundo, ó la razon no es razon, ó el lazo es completamente inútil.

A una belleza, que es una belleza simplemente; más claro: á una belleza simple, la inteligencia artística la admira; quizá el corazon

la sigue; pero la razon, la fria razon la compadece.

Iguales afectos inspiran, salvo el de la compasion, y salvo que son más bellas, las vírgenes de Rafael y las estatuas del Belvedere.

Todos los hombres han soñado amor alguna vez en su vida, los unos durmiendo, los otros despiertos.

Los que sueñan despiertos perciben una voz delicada en el vago rumor del céfiro que juega entre los árboles; si ríela melancólicamente en el espacio alguna estrella perdida, en ella ven la mirada de un ángel que sorprende los secretos de su espíritu: si llega hasta ellos el aura embalsamada de los campos aspiran en ella un hálito embriagador: es que hay un sér ideal que les habla en el lenguaje de las brisas, los mira con la luz de las estrellas, y les envia su hálito de vida en el aura embalsamada de los campos.

Digamos á esos bienhadados soñadores que el ángel de sus ensueños no es un ángel: digámosles con Argensola, que su belleza no es más cierta y más efectiva que la belleza azul del vasto horizonte; y una por una caerán marchitas las ilusiones de su corazon; y si las de su corazon no cayeren marchitas desde luego, el sopro helado de la razon conseguirá desprenderlas, ajarlas y esparcirlas de remolino en remolino.

Por muy poderosa que sea el arma de la

belleza, ¡desgraciada mujer! aquella que sólo á este recurso deba el triunfo alcanzado sobre un hombre!

Su triunfo no durará más que la tersura de su frente y el brillo chispeante de sus ojos.

Las conquistas de la belleza son falsas conquistas; aprisionan sólo el corazon; ó, como si dejéramos, la mitad del enemigo.

La otra mitad, la inteligencia, que queda libre, no tarda mucho en conseguir el rescate absoluto del cautivo.

No olviden las mujeres que el pudor es el compañero más simpático de las gracias.

No olviden por último, que la violeta humilde desprende más aroma que la arrogante dália.

III.

El orgullo que se funda en la nobleza es una especie de orgullo negativo: es un orgullo que toca ya en el dintel de la *vanidad*.

Para demostrarlo son indispensables algunas explicaciones previas.

No vamos á escribir un tratado acerca de la nobleza: sea, como unos pretenden, el privilegio del cielo; sea, como otros suponen, el derecho de usufructuar un capital en pergamino, que no circula en el comercio, creemos firmemente que reirse de los nobles de abolengo

tan sólo porque lo son, revelará siempre un democratismo estúpido; así como venerar á los nobles por su sola calidad de tales, será siempre un servilismo repugnante.

Tenemos por verdad innegable que aspirar al respeto y la estimacion de todos por el sólo título de noble, es querer buscar en la raiz el fruto que debe cogerse en la rama.

Convengamos en que no es de todo punto imposible ver arroyos que, partiendo de un manantial puro y cristalino, se arrastran despues turbios y cenagosos.

Cada vez nos parece más acertada y feliz la máxima antigua de que así como la Iglesia aplica á los difuntos los méritos de los vivos, así entre ciertos nobles se aplican á los vivos los méritos de los difuntos.

Una familia, leemos en cierto precioso libro, no puede ser más antigua que otra, porque si los hijos son contemporáneos, tambien hubieron de ser contemporáneos los padres. Esta proposicion es más sutil é ingeniosa que convincente: la cuestion de nobleza no es sólo una cuestion de cronología.

En concepto de unos, nacer noble es una fortuna: es la fortuna que sigue á la de nacer rico.

En concepto de otros, nacer noble es una desgracia, casi tanta desgracia como nacer pobre en la mitad del siglo XIX.

La razon de estos últimos es muy sencilla.

Hay apellidos que imponen deberes de muy difícil cumplimiento; deberes en la virtud, en las armas, en las ciencias, en la política. No á todos es dado ser génios. Si no se logra serlo queriendo, se demuestra la decadencia de la raza; si no se ponen los medios para continuar su brillo, se deshonorá á los antepasados, se comete un parricidio: el apellido entónces es una acusacion constante; la ejecutoria un proceso.

El título de noble ha sido de ordinario una presuncion fuerte de buenas cualidades; una buena esquila de recomendacion para ingresar en el mundo; por eso se dijo: *gaudeant bené nati*.

Las páginas más gloriosas de nuestra historia se hallan esmaltadas con apellidos ilustres que hoy brillan todavía, y brillan, si cabe, con resplandores más vivos, engarzados en la virtud, en el talento ó en la belleza; sobre todo en la virtud.

No olvide nadie, y en especial las mujeres, que la nobleza sin virtudes, es luz que alumbrá más y más los defectos de quien la posee.

La nobleza con la virtud forma la aureola de gloria que ciñe la frente de los dignos.

El Salvador del mundo quiso nacer de estirpe de reyes.

Esta noticia parecerá tal vez fuera de tiempo; pero el autor la consigna por si acaso algun demócrata fanatizado leyere estos APUNTES.

Si el autor, á pesar de su pequeñez, pudiera, en alas de su buen deseo, acercarse á la verdadera nobleza del alma, sólo una pena lo atormentaría.

La pena de no haber nacido noble. En los momentos actuales le aflige además otra pena; la de haber hecho demasiado larga esta digresion.

Aplicando, pues, la doctrina, siempre resultará que la nobleza es una condicion que la mujer debe estimar en lo que vale, pero que no constituye su mérito propio; ántes bien es la sombra que proyectan antiguos méritos, que cuanto más lejanos, más parece que agrandan esa sombra; mayores títulos gozan al respeto general.

Y la mujer debe buscar en sí misma, en sus prendas especiales, nunca en las generales de un apellido, que al mismo tiempo llevan quizá cien individuos, el tesoro de sus atractivos, la llave que ha de franquearle más ó ménos tarde las puertas de la vida.

La nobleza en el caso presente puede considerarse sólo como un arma de reserva. La mujer bella tiene bastante con su hermosura: si á más de ese don le otorgó Dios el del talento, no ha menester escudos ni ejecutoria para alcanzar triunfos que la lisonjeen, para construir con un millar de coronas el pedestal de su orgullo.

Harto comprende y sabe la mujer de talen-

to que los pergaminos más auténticos son aquellos que llevan por armas el amor y la virtud.

El orgullo que se funda sólo en la cuna, no puede ser más inocente; sin embargo, lo preferimos al que se funda en la riqueza, porque éste, sobre ser más vulgar, comienza por aparecer ridículo, y acaba por hacerse insoprible.

La sociedad actual, prestando á la riqueza un culto exagerado, contra el cual se levantan la justicia y el buen sentido, arrebató á la juventud cierta candorosa ignorancia que muy bien decia con la hermosura y la discrecion de la mujer.

La candorosa ignorancia de lo que valen las riquezas ya siendo ya una ignorancia tan rara, que apenas se halla ni aun en los espíritus más ignorantes.

Siempre hemos creido que la mujer debe ser más fuerte en sentir que en calcular.

No se engría ni se desvanezca por la riqueza; ántes bien ha de considerarla como un poderoso rival de su hermosura.

Por lo mismo que la sociedad actual presta culto exagerado á los bienes materiales, debe dudar la mujer si son obra de sus prendas ó de sus riquezas los triunfos que más la lisonjean.

Y esta duda es horrible.

Se tiene por positivo que algunas mujeres

fundan su orgullo en las riquezas que poseen.
¡Creencia errónea! No es tan humilde la mujer como todo eso.

No concede la mujer á los bienes de fortuna la honra que dispensa á su hermosura y á su discrecion.

Si se la concede en efecto, no se califique de orgullo lo que es solamente fatuidad.

Basta por ahora de orgullo: en el curso de los APUNTES, más de una ocasion se presentará propicia para dar amplitud á estas ideas.

Recapitulemos:
Las fuentes principales del orgullo son la hermosura, el nacimiento y la riqueza.

El orgullo exagerado que se funda en los timbres de la hermosura, aunque es más tolerable, no es ménos injusto que el que se funda exclusivamente en los timbres de la cuna.

Aquel tiene por base *lo que es*.

Este tiene por base *lo que ha sido*.

Por eso es el primero más tolerable.

Aquel alega títulos ajenos, aunque fuertes.

Este representa títulos propios, pero muy débiles.

Por eso decimos que ambos son injustos.

El orgullo que se funda en la riqueza, es sencillamente un orgullo que inspira lástima.

CAPITULO CUARTO.

LA VIRTUD Y EL MISTICISMO.

“La devocion es el último de los amores.”

Así lo ha consignado un escritor.

La devocion es el primero de los amores.

Así lo dicen la razon y el buen sentido.

Una mujer *despreocupada*, *esprit fort*, ó para hablar en castellano, *incrédula*, es el sér más inverosímil y hasta repugnante que puede existir sobre la tierra.

La mujer que no está organizada para amar no es mujer.

La devocion es el primero de los amores.

Y el amor es la vida de la mujer. La de-